

Psicología social del miedo *

“La inseguridad colectiva, la pesadilla de la moderna sociedad industrial, es un fenómeno psicológico de cierta complejidad. No es sólo la inseguridad económica causada por la desocupación en masa. En un artículo del Social Research (Septiembre, 1943) sobre la psicología de la revolución moderna, llamé “miedo de lo desconocido” al tipo de miedo que en épocas de crisis padece el ciudadano común. Un análisis de este fenómeno presupone un examen de la interrelación entre el miedo y el conocimiento, tanto individual como social.

I

El miedo del hombre es miedo *de* algo o *por* algo: *de* enfermarse, *de* perder su dinero, *de* quedar deshonrado; *por* su salud, familia, status social. La relación entre el primer “algo” y el segundo “algo” y sus respectivas características determinan el tipo peculiar y la intensidad de nuestro miedo.

Tanto uno como otro “algo” tienen naturaleza definida. Sabemos como son. Podemos no conocer cuál de las varias posibilidades cognoscibles tendrá lugar. La relación particular entre nuestro conocimiento y nuestra ignorancia da un color particular a nuestro miedo.

En un caso concreto, el miedo nunca está solo. Siempre anhelamos aunque más no sea que la cosa temida no tenga lugar. El hombre encara un gran peligro sin miedo si en su corazón palpitan un deseo fuerte, una emoción o una pasión. Los hombres y los animales enfurecidos permanecen ciegos ante el peligro. La esperanza puede conquistar al miedo. El hombre, jugador por naturaleza, espera en la desesperanza.

El hombre, como ser finito, que lucha en un mundo que nunca es enteramente su propia obra, está siempre inmerso en cierta clase de miedo y cierto tipo de esperanza, algo de conocimiento y algo de ignorancia.

* *The social psychology of fear* se publicó en *The American Journal of Sociology*, vol. XLIX núm. 6, The University of Chicago Press, Chicago, mayo 1944. Figura en la bibliografía del curso 1959 de “Introducción a la Sociología”, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.

El miedo y la esperanza son antagónicos. La esperanza quiere alejar el miedo, demanda acción. El miedo hace que la esperanza tema su fin. El miedo, entremezclado con nuestra esperanza, la esperanza mezclándose en nuestro miedo —cada cual aboga por el conocimiento contra la proclividad del otro por la ignorancia.

Ambos, el miedo y el conocimiento, tienen dimensión social. No podemos empezar por el "Hombre", escrito con mayúscula y de pronto sustituir el hombre universal, por el individuo aislado. Ningún hombre es Hombre —todos son este hombre o aquel otro, entre los hombres. Un "Yo" considera lo que las cosas son para un "Tú" y un "Nosotros" —o, para usar una expresión de Mead, los seres humanos se "toman los roles unos de otros". Sin saber, yo confío en su conocimiento: usted no teme. O usted teme, pero usted no lo sabe; yo sé —descanse en mí. El chico observa a su madre; ella le da confianza. Cada sociedad, que pueda llamarse tal, es un "universo del discurso". El miedo de un hombre no depende exclusivamente de su conocimiento o ignorancia individuales. Dentro del "universo del discurso", el conocimiento de los otros tranquiliza mi ignorancia; la ignorancia ajena hace vacilar mi confianza en mi propio conocimiento. No necesitamos acudir al "contagio", "sugestión" o "imitación".

El miedo de algo por algo, parece ser un miedo parcial. Este algo tiene un carácter definido, el cual si no se conoce es posible conocer. Hay, sin embargo, miedo total. Primero, el miedo a la muerte. Tememos la muerte en razón de nuestra vida; ésta lo incluye todo.

Conocemos la muerte —tiene un carácter definido. Podemos no saber cuánto sufrimiento nos impondrá nuestra muerte, o la clase de vida después de ella, si la hay. Nuestro miedo a la muerte se mezcla con nuestro miedo al sufrimiento que ella nos signifique, con nuestro miedo o nuestra esperanza en una vida ulterior. Nuestro conocimiento, duda o ignorancia, da un tinte particular a nuestro miedo a la muerte. Aunque en todo momento sabemos que debemos morir, no tememos la muerte durante todo el tiempo, sino sólo en algún remoto y oscuro rincón de nuestra mente. No podemos sustraernos a la muerte; podemos solamente tratar de posponerla. Rechazamos la idea. Observamos la muerte a nuestro alrededor, pero nosotros, todavía —no morimos. Es otro individuo el que muere. La vida rehusa pensar en la muerte. Este es el modo del ser que vive, proteger su vida contra el poder de la muerte.

La muerte parece ser inminentemente individual. Cada cual debe morir su propia muerte por sí mismo. El morir aísla al individuo. Sin embargo, la muerte también tiene una dimensión social. Es el final sólo para el individuo. Aunque la muerte aniquile nuestro esperar ella no aniquila el contenido de nuestras esperanzas. Todos sabemos lo sutil de esta diferencia, aún así nadie la puede negar. Isaac muriendo, bendice

a Jacob. Él vive y espera en sus hijos. Ellos continúan —aunque Isaac no tiene esperanzas de compartir la suerte de Jacob. La muerte de Isaac concluye con Isaac para Isaac; no termina con el mundo en el cual él vivió, amó y se preocupó. Otro hombre muere y ve tambalear su mundo, su trabajo, su familia, su país, su reputación o cualquier cosa por la que él se ha preocupado. Ambos temen la muerte —su temor tiene una calidad diferente. La muerte del soldado vencedor y la del derrotado no son enteramente iguales. Uno no puede participar en la alegría de la victoria, el otro no necesita tomar parte en la desdicha de perder una causa. El contenido de la esperanza y de las preocupaciones sobrevive en el primer caso, muere en el segundo. Aunque la diferencia pueda desaparecer en la extensa soledad de la última hora, es todavía real, momentos antes.

La Psicología Social no puede tratar los fenómenos de la vida social sobre la base de un esquema conceptual de una psicología individual, que colocando al Ego en el centro, relaciona el mundo, como ambiente de conducta o campo de fenómenos, al individuo por medio de una flecha de una sola dirección. Ningún hombre realmente en sus cabales se piensa como el mero centro de su mundo. Nadie concibe el mundo en que vive únicamente como su campo de fenómenos o ambiente conductual. Este campo señala y se refiere a algo más allá de sí mismo: el mundo en el cual vivimos nosotros y nuestros semejantes, ambiente potencial de todos, interpretado no sólo por nosotros, sino por el “universo del discurso” en el cual vivimos. La teoría del conocimiento puede referir el mundo a un sujeto trascendental. Si el psicólogo refiere el campo de fenómenos al sujeto psicológico, no puede olvidar que el individuo concreto devuelve la referencia: todos, por egocéntricos que seamos, nos referimos nosotros mismos y nuestro campo de fenómenos hacia un mundo objetivo, que es el mundo de los otros, de una manera u otra, ya sea por el amor, el odio, la preocupación, el trabajo. En este mundo el Ego no es el centro. Si el ambiente es lo que es, en relación con el individuo, el individuo no puede dejar de ser para sí mismo, lo que es en relación al mundo en que vive. Hay dos flechas, ambas señalando en ambas direcciones o interactuando en un toma y daca. La Psicología Social no puede aceptar una psicología individual que olvida la otra dirección.

II

Estas observaciones introductorias pasan muy por encima de las dificultades del tema y sortean muchos escollos. Tienen como finalidad tratar en una forma preliminar nuestro miedo cotidiano.

Hay una clase de miedo que no es miedo de algo definido por algo definido. Puede describirse como miedo de todo por todo o de nada por

nada. En casos extremos este miedo indefinido puede ser más "total" y peor que el miedo a la muerte. Los hombres pueden hasta suicidarse para escapar de su extrema desesperación.

Bajo el nombre de "ansiedad" o "ansiedad básica" este miedo ha llegado a ser de particular interés desde que Kierkegaard legó a la filosofía "existencial" alemana del siglo xx, la distinción entre *Furcht* y *Angst* y los psicopatólogos descubrieron la "neurosis de ansiedad".

El término *Angst*, el francés *angoisse*, el inglés *anguish*, y el latino *angustiae*; todos tienen una raíz que connota "presión", "estrechez". La palabra correspondiente en griego, usada con énfasis por los Padres cristianos es *stenochoria*, "el espacio estrecho". El pecho del hombre se siente oprimido. La ansiedad levanta sus paredes en torno al hombre.

Puedo afirmar que esta ansiedad no es enteramente ajena a nadie. Es vaga —pero por su vaguedad puede ser más poderosa aún. Desde que no existe una amenaza o un peligro definido, sobre los que podríamos actuar, ella paraliza toda acción. Como informe hija de la informe noche, llama en la oscuridad al niño o al hombre solitario. Parece ser una experiencia eminentemente individual. La presencia de otros seres la aleja. O por lo menos así parece.

La relación entre este miedo indefinido y nuestro conocimiento e ignorancia, es dudosa. La psicología tradicional ofrece poca ayuda en este sentido. Kierkegaard y sus discípulos contestan: Tememos *das Nichts* —la nada. Esto es, sin embargo, apenas el resultado de un análisis psicológico. Es un desarrollo filosófico peculiar a una situación en la cual un hombre que ha perdido su dios y su mundo es arrojado contra sí mismo y se enfrenta con *das Nichts*. Por lo menos este *nihil metaphysicum* debe especificarse. Hay demasiados *nihils* lógicamente diferentes. Parece ser un *nihil privativum*. Pero la privación es nuevamente una privación específica.

El sentido común puede sugerir que esta ansiedad es sólo el presentimiento de un mal que puede sucedernos. Simplemente no sabemos cuál de los males conocidos y conocibles será. Esto podrá ser suficiente en los casos leves, en los cuales nuestra ansiedad todavía está al borde de un miedo ordinario. No es suficiente en los otros casos.

¿Qué entendemos por conocimiento e ignorancia? Conocemos esto y aquello —el señor Brown o Chicago. Hay otras cosas que no conocemos —el señor Smith o Kansas City. Si nuestro conocimiento fuera sólo de este tipo —conocimiento de algunas cosas tomadas de entre otras desconocidas, paralizados por el miedo, no podríamos movernos ni actuar. Afortunadamente conocemos más. Sabemos cómo es o cómo puede ser el señor Smith. No podría convertirse de pronto en un elefante y pisotearnos. Él se mantendrá dentro de los límites de un orden definido. Conocemos o creemos conocer este orden. Aunque no sabemos qué pasará,

sabemos qué puede pasar, ya sea esto o aquello. Cada cambio o hecho posible, incluso nuestra muerte, se mantendrá dentro del esquema de un orden determinado. Confiamos en este orden; es el orden del mundo en que vivimos. Sobre esta base y por medio de este esquema identificamos, clasificamos, caracterizamos las cosas. Les damos una ubicación dentro de este orden. Si hay cosas que no conocemos, es simplemente que no sabemos aún cuál es su lugar. Pero ellas tienen una ubicación. El orden es omnicompreensivo. Así un esquema preformado limita y especifica nuestro miedo y guía nuestra acción —ya seamos primitivos o civilizados, animales u hombres.

Llegamos a la estación ferroviaria de una ciudad que no conocemos. La ciudad no es simplemente “un área no estructurada dentro de la estructura cognitiva del campo psicológico”. Sabemos como es: un grupo de calles, casas sobre tierra firme, gente que camina y sabe donde va. La estructura cognitiva de nuestro ambiente no es solamente el campo de fenómenos presentes. Incluye las reglas a las cuales se someterá cualquier cambio del presente campo de fenómenos. Sabemos que el campo de fenómenos es solamente nuestro aspecto presente del campo de todos los demás. Es preestructurado y cognoscible. Sólo completamos un esquema preformado. Más aún, descansamos en los otros: su conocimiento actual es nuestro conocimiento potencial. Nuestro temor se limita a encontrar gangsters, acreedores, parientes, un amor antiguo. Nuestra reacción ante un área totalmente sin estructurar, si la hubiera, sería una neurosis de ansiedad.

Nuestra esperanza gusta sobrepasar este orden hacia el reino de lo imposible. Sabemos sin embargo, que esta esperanza es vana. Trazamos una línea entre lo posible y lo imposible. La esperanza la traspasa. El miedo nunca lo hace. El imposible no nos asusta. Si, sin embargo, bajo el golpe de una experiencia que desbarata nuestro esquema de orden, dudamos o dejamos de confiar en este esquema, la línea divisoria se desvanece y un miedo indefinible invade el alma asombrada.

Ahora podría ser posible especificar el *nihil* en el concepto de ansiedad de Kierkegaard. A nadie se le puede prohibir interpretar el miedo a la muerte como miedo a una nada absoluta. La ansiedad, sin embargo, no es simplemente miedo a la muerte. En la ansiedad no tememos la nada. Tememos algo, no lo conocemos y nos sentimos incapaces de saber qué es. Esta nada es todavía algo; aunque no tenga un carácter definido. No se ajusta a ningún esquema; está fuera de nuestro alcance. Nos impide confiar en cualquier otro orden. No es una nada absoluta sino absoluta “alteridad”. No sería terrible si fuera “nada”. Es terrible por ser “algo” —aunque no sea conocido ni pueda actuarse sobre ello. Esta ansiedad puede mezclarse con el temor a la muerte; la diferencia es aún

una realidad psicológica y da cuenta, por lo menos, de un matiz particular en nuestro miedo a la muerte.

III

Vuelvo a la interpretación de los diferentes casos de ansiedad. Aunque cada caso tiene una larga historia para contar, unos vistazos serán suficientes.

a) Un ser humano se encuentra solo en un bosque por la noche. El ruido de las hojas muertas causa, como dice Lutero —miedo mortal. No se lo puede explicar diciendo simplemente que este hombre teme por su vida o su billetera, a un gangster escondido detrás de un árbol. En la mayoría de los casos podríamos descubrir otra característica, aunque débil: un sentimiento como si algo extraordinario, casi imposible, pudiese acontecer —fantasmas, voces de muertos. La oscuridad no nos permite alcanzar la forma definida de los objetos que a la luz del día sirven de testigos para el orden determinado sobre esta tierra bien ordenada. Más aún, estamos solos, no hay otras personas en las que pudiéramos confiar. Dos chicos en la misma situación temen; cada uno por sí. El más joven confía en el otro —él sabrá. El mayor sabiendo que confían en él, esconde su miedo.

b) En experimentos modernos los animales son llevados a neurosis de ansiedad¹. La tendencia behaviorista parece requerir, primero, que el sistema mental de los gatos se desorganice por un condicionamiento muy artificial de sus respuestas. Luego son atemorizados por una serie de hechos inesperados e inexplicables producidos por las endiabladas invenciones del científico moderno: corrientes eléctricas, viento proveniente de platos de alimentación, paredes de las jaulas que se cierran sobre ellos. Acontece el resultado deseado: el gato enloquece. Por corta que sea la memoria de los gatos, ellos no comen durante días. El cuidado cariñoso acelera la recuperación. El experimentador no puede obtener los mismos resultados con perros. El perro, más cerca del hombre que el gato, confía en el observador. Puede ladrar furiosamente, pero no se vuelve neurótico, a menos de que también lo haga el observador. Podemos asegurar que aun el mundo del gato, que no conocemos, tiene una estructura cognoscitiva y un sistema de orden, que son contrariados por esos experimentos.

Si el experimentador pudiera hacer con los seres humanos lo que hace con los gatos, confrontando un ser humano aislado con hechos tan inexplicables como los mencionados para el caso del gato, todos podríamos ser llevados a una neurosis de ansiedad.

c) Después de la Primera Guerra Mundial los psicólogos y neurólogos

¹ Nos referimos a experimentos realizados en el Instituto de Psiquiatría de la Universidad de Chicago y a otros anteriores de Pavlov.

de Alemania, hicieron un estudio cuidadoso de casos incurables de soldados con heridas cerebrales². Diversas facultades de estos hombres, necesarias para la vida ordinaria, estaban disminuídas. Dentro de ciertos límites lograron desarrollar técnicas sustitutivas por medio de las cuales pudieran desenvolverse dentro del ambiente hospitalario rígidamente ordenado. Todo debe estar siempre en su lugar acostumbrado. Ellos están hechos a un orden particular dentro de un ambiente de extrema rigidez y estrechez y son incapaces de alejarse del mismo, de moverse más allá de este orden —cualquier cambio o disturbio o nueva tarea amenaza íntegramente ese orden, los lleva a una “reacción catastrófica en la cual vuelve su neurosis”. Como este orden es la base de cualquier acción que ellos pueden ejecutar, cualquier cambio los encuentra desválidos y los arroja hacia una especie de miedo que, en los casos extremos, bien puede ser peor y más total que el miedo. Devora su mundo. Su esquema de orden permanece precario aún cuando no esté amenazado por ningún hecho. Es un esquema individual carente de soporte social alguno. No hay “universo del discurso” que lo confirme como hecho usual. Como ellos sienten su precariedad y sospechan la proximidad de un cambio temen que los ataque su miedo. Están algo así como semi-conscientes de una amenaza constante.

d) Opongo a este caso de extrema rigidez un ejemplo de un esquema de extrema flexibilidad: el mundo de una criatura. El niño aún no ha establecido un esquema del orden, un sistema de permanencias rodeando el mundo. Sin embargo el chico no vive en un estado constantes de miedo indefinido. Aunque pudiéramos decir que explora su mundo entre ansioso y curioso, su curiosidad generalmente prevalece sobre su ansiedad. Su sistema de orden está en formación. Aunque cualquier conocimiento actual es aún estrecho, su mente está abierta a un amplio dominio de posibilidades. Mientras explora el mundo —mezcla de lo real y lo imaginario— todavía no traza nuestra línea divisoria. Su juego es medio serio, su seriedad, medio juego. Lentamente amplía su mundo todavía estrecho, reorganizando su orden luego de cada nueva experiencia. Todas sus permanencias son todavía ad-hoc: asunciones a hacer, a revisar y a abandonar. Así se mueve al borde de un abismo, ciega aunque cuidadosamente; un poco ansioso, pero más curioso, retrocediendo ante cada toque de ansiedad, pero haciendo la prueba nuevamente; ignorando las exigencias de la situación que no puede afrontar, evitando lo que no puede conocer. La ignorancia del peligro lo protege mientras juega a conocer.

No podemos aislar al niño. El proceso en el cual él forma su mundo

² K. Golstein, *Naturaleza humana a la luz de la Psicopatología* (Conferencias de William James, Cambridge University Press, 1940). Basadas en varios estudios de K. Golstein y A. Gelb.

preliminar no podría continuar si el niño no supiera que vive en el mundo de sus mayores. Su primera asunción es su madre y el saber que ella tiene. Aquí otra vez se desorienta fácilmente la psicología individual. La madre no es simplemente una de las muchas cosas dentro del campo de los fenómenos. Todo el campo de fenómenos lo refiere a su madre. La presuposición de los conocimientos de su madre acompaña y subyace en todas las hipótesis que el niño hace concernientes a la naturaleza de las cosas. Mientras la criatura construye su propio mundo él "aprende" el mundo de sus mayores. La objetivación se mezcla dando nombres y aprendiendo los nombres. El niño mismo tiene un nombre; él es Jack o simplemente "él" mucho antes de descubrir el Ego. La referencia a su madre y al conocimiento de ella protege el juego de curiosidad contra ansiedad. Atemorizado, el chico se esconde tras el delantal de su madre.

e) Es sorprendente cuánto miedo y peligro puede soportar un soldado en la batalla: I) en la acción; II) si aún hay esperanza, aunque leve, de sobrevivir; III) cuando conoce y puede identificar el peligro; IV) cuando confía en alguien que no muestra temor. Cuanto más flexibles sean sus facultades cognoscitivas, menos expuesto está a los shocks neuróticos. El intelectual nervioso está más a salvo que muchos labradores robustos y sanos. El soldado más valiente, capaz de enfrentar cualquier amenaza directamente, puede temblar ante una situación indefinida de peligros desconocidos y no identificables. Los soldados franco-africanos, guerreros valientes, no comprenden la situación en la estrategia moderna. Confían sin embargo en el conocimiento de sus oficiales blancos. Sólo en el caso de los tanques, los oficiales blancos se encontraron impotentes sobre su miedo, hasta que lograron demostrar cierta similitud entre los tanques y los elefantes en su conducta y modo de encarar. Después de esta guerra pueden ser posibles estudios interesantes relativos a la interrelación entre tipos de miedo particular y las peculiaridades de las armas modernas que difieren ampliamente en cuanto al grado de conocimiento y comprensión que permiten.

IV

En estos ejemplos la distinción entre nuestro temor ordinario de y por una cosa definida y nuestra ansiedad indefinida corresponde a la distinción entre nuestro conocimiento e ignorancia a esta o aquella cosa y nuestro conocimiento e ignorancia del esquema de orden al cual se someten todas las cosas posibles.

Este esquema de orden de lo posible es un sistema de reglas, principios y presuposiciones que se dan por sentadas. Su estructura es compleja. Tales sistemas pueden ser muy diferentes con respecto no sólo al contenido de las reglas sino también a sus propiedades estructurales. Ellos nunca son meros agregados de hábitos heredados o adquiridos concer-

nientes a ciertas reglas para este caso y otras reglas para aquel caso. Ellos son sistemas; si son inconsistentes, pretenden ser consistentes. Pretenden abarcar todos los casos posibles. Ordenan nuestros mundos —los mundos en que nos pensamos, viviendo, actuando, moviéndonos.

No tengo en cuenta todas las controversias de la teoría del conocimiento concernientes al origen y al crecimiento de este sistema. No tienen lugar en la psicología del miedo. Del mismo modo no tengo en consideración los espinosos problemas planteados por la naturaleza, complejidad y posibles variaciones de estos sistemas. Ellos nos conducirían más allá de las dimensiones de este estudio. Los axiomas de dicho sistema pueden ser conocidos a priori o a posteriori; pueden ser “verdaderos” o falsos; sólo presuposiciones, hipótesis o convenciones: pueden ser racionales o mágicos. En el caso del hombre primitivo puede significar las reglas de la magia, las normas de una sociedad de hombres, animales, espíritus, demonios, dioses. En muchos casos concretos del ciudadano común, en esta, nuestra era racional puede comprender principios racionales así como toda clase de reglas empíricas, desde geometría del espacio, las categorías con las cuales pensamos, la ley de causalidad, hasta ciertas presuposiciones dudosas como que hay “progreso” o que los grandes bancos nunca cerrarán sus puertas. El suyo es un mundo en el cual muchas cosas no pueden suceder. En ambos casos significa un sistema universal de permanencias, las cuales justa o equivocadamente damos por sentadas, y sobre cuya base damos a cualquier experiencia nueva un lugar ordenado en nuestro mundo.

Este sistema es la base de nuestra acción. Si no conocemos la naturaleza de un peligro, nosotros hacemos una presuposición. Sin tal presuposición no podemos actuar. Sin dicho esquema no podemos siquiera hacer ninguna presuposición. Tenemos principios morales, individuales o normas sociales de conducta decente. No podemos sin embargo, traducir estos principios o normas a una conducta concreta excepto sobre la base de dicho esquema de orden. Generalmente ni siquiera se nos pide que hagamos tal traducción, puesto que estos principios y normas ya están formuladas en términos de nuestro esquema de orden. De aquí que podamos comprender que una amenaza sería al esquema del orden de lo posible puede quitar a los seres humanos no sólo su capacidad de acción sino también cualquier standard de conducta decente que puedan tener. En este caso el hombre ya no sabe ni lo que puede ni lo que debe hacer. Hasta la esperanza, al perder su guía, pierde su fuerza.

Estos sistemas, aunque sistemas de permanencias, sufren cambios. Están en un proceso continuo aunque generalmente lento de crecimiento y decadencia, integración y desintegración, organización, revisión, reorganización, desorganización. Sin embargo en cualquier fase, la gente que vive y concibe el mundo en los términos de tal sistema, considera que sus

reglas son permanentes. A tal esquema de orden lo podemos llamar "la geometría" de nuestro espacio mental. Hay gran variedad de geometrías posibles. Podríamos mejor pensar en tal geometría como un sistema estratificado de axiomas: estratos superiores basados sobre estratos inferiores. Sobre estos axiomas básicos, otros axioma, que significan un orden adicional, pueden sufrir cambio sin modificar el sistema en conjunto. Ningún individuo o grupo puede soportar un vuelco rápido y radical del sistema completo de permanencias que respalda la consistencia de todos los significados, principios de acción, normas de conducta, expectativas o recuerdos. Tal *bouleversement* lleva a la locura.

Una nueva experiencia puede encajar en nuestro esquema preconcebido. Toma su lugar en nuestro mundo. Otra experiencia puede no encajar. Podemos aceptarla tanto como nos sea posible o podemos rechazarla. Todos tenemos nuestro propio modo de descartar cualquier cosa que no puede adaptarse al sistema. Hasta los científicos tienen su manera de hacerlo.

Algunas consideraciones básicas, tanto del hombre racional como del religioso, se pueden sostener bajo todas las circunstancias. Una hipótesis debe ser válida si provee una posible explicación para cada instancia en la que parezca que no puede sostenerse. Entonces la hipótesis se convierte en "axioma". No dudamos que todo tiene una causa natural sólo porque en una instancia particular no conocemos la causa. El hombre religioso no necesita dudar de la sabiduría y justicia del Todopoderoso porque no comprenda su voluntad inescrutable. Nos dirigimos a nuestra ignorancia y sostenemos el axioma.

Una nueva experiencia nos puede llevar a revisar algo en nuestro sistema de permanencias. Los individuos, las sociedades, las edades mentales, los períodos de una civilización, difieren ampliamente en su capacidad para tal revisión. Algunas veces parece como si la permanencia particular que no se puede mantener esté engranada o enmarañada con otras permanencias más básicas que no pueden cambiarse sin trastocar el sistema completo. En este caso el sistema es rígido. La rigidez o flexibilidad de nuestro sistema determinan nuestra capacidad para reestructurar o reorganizar nuestro campo psicológico actual. Una mentalidad rígida está más expuesta que una flexible a un ataque de miedo indefinido.

El sistema de cosas que se da por sentado está socialmente establecido, diariamente confirmado por el testimonio de la sociedad en que vivimos. Ordena el "universo del discurso". Cualquier cosa que sucede se interpreta en sus términos. Tiene un poder enorme. El individuo común se desvía dentro de los términos de las alternativas que ofrece o que por lo menos tolera.

El "universo del discurso" protege al individuo del miedo indefinido. El

individuo sucumbe fácilmente, ya sea cuando es alejado del "universo del discurso" como cuando este universo deja de ofrecerle su apoyo. "El hombre, al igual que la vid generosa, vive apoyado".

En cada fase de la historia de una sociedad, chica o grande, encontramos un sistema estratificado de cosas que se dan por descontadas. Los distintos sistemas difieren ampliamente en cuanto a su poder de permanencia, ellos dan a la sociedad su resistencia a los shocks, sin fuerza directriz. El análisis de las cualidades estructurales de tal sistema en un momento dado es la parte más importante aunque más difícil de la tarea de un psicólogo social que en tiempos de tensión puede ser llamado para diagnosticar un peligro de "inseguridad colectiva".

V

Puesto que el análisis incluso de un solo caso de inseguridad colectiva iría más allá de la dimensión de este estudio, me limito a unas pocas observaciones fragmentarias acerca de la estructura y rol del "universo del discurso" en una era religiosa y en una racional, en una sociedad democrática y en una totalitaria.

La inseguridad colectiva puede interpretarse como un conjunto de múltiples razones definidas de un miedo definido que amenaza la multiplicidad de un individuo de una sociedad: la población civil en la guerra moderna —maridos, hijos y padres son muertos en el campo de batalla, incursiones aéreas destruyen casas a la noche, la Gestapo se presenta por la mañana. Estas son razones suficientes para temer. Aún así todos saben como es. Yo distingo de este significado posible de inseguridad colectiva otro significado, en el cual un miedo indefinido invade una comunidad y priva a sus razones de miedo definido la nitidez a base de la cual sería posible actuar. Nadie sabe qué temer o qué hacer. En este caso la conducta de una sociedad es diferente.

Los Padres de la Iglesia encuentran al pagano en constante ansiedad. En el siglo III el "universo del discurso" a través del ingenio universal es una jungla impenetrable de supersticiones en competencia. El principio divino tras los incontables dioses del panteón romano es sólo una palabra impotente salvo para unos pocos restos de la clase superior en vías de desaparecer. Cientos de dioses grandes y pequeños compitiendo entre sí, pero forzados a tolerarse, una horda incontable de sacerdotes, magos, profetas, brujas, hechiceros y astrólogos tratando de sobresalir en su venta de esperanzas y temores. El individuo aprisionado difícilmente puede dar un paso sin elaborar ritos para elegir los males reales o imaginarios. El "universo del discurso" no da una orientación —las prácticas se contradicen y ningún dios o demonio debe ser ofendido. El individuo sujeto a presiones opuestas, se mueve sin ayuda en un mundo

incontrolable. Las comunidades cambiantes y precarias no ofrecen apoyo a la elección individual. Sólo los fuertes se aferran a los Isis o Mitras o se satisfacen usando una pequeña serpiente dorada alrededor del cuello e ignorando a los otros y a sus dioses. En esta situación el Dios Cristiano vence a todos los otros competidores. Sólo sobrevive uno: el dios judío. El, sin embargo, no menos intolerante que el cristiano, pero en cierto modo satisfecho con su pueblo elegido, apenas compitió en el resto del mundo.

Las razones de la victoria cristiana son diversas. Sólo algunas de ellas se relacionan con el problema del miedo. Los dioses deben su nacimiento y poder a las otras necesidades y pasiones humanas más allá del miedo. *Timor non fecit deos*, aunque *sacerdotes fecerunt timores*. Aún así el miedo tiene su parte en la victoria cristiana. No el miedo al dios cristiano sino el miedo a los múltiples temores fue lo que condujo al pagano a la veneración de un dios único. La protección que encontraron fue terrible: 1) la intolerancia y el fervor exclusivo simplificaron y sistematizaron su esquema del mundo: una selva fue convertida en un país ordenado con un simple sistema de carreteras y rutas. 2) Una comunidad exclusiva con un "universo del discurso" cerrado sostuvo y confirmó este sistema. 3) El Dios cristiano, para ser el dios de Abraham y Jacob o Cristo, es un Dios personal —un Dios de amor, cuidado y esperanza, el padre a cuyas rodillas acude desesperado el rebaño de fieles— más fuerte que cualquier temor definido o indefinido, para aquellos que confían, soportan y ruegan. Así el único humilde dios de los cristianos venció los muchos y fascinantes paganos y libertó el pecho del pagano oprimido por la angustia mezclando el respeto a su miedo, la esperanza a su respeto, el amor a su esperanza —de manera única nunca igualada por ningún otro dios.

Para el hombre racional de la era industrial todo tiene una causa "natural". No interviene ningún demonio. Sin embargo, en época de crisis, él también puede ser presa de un miedo indefinido. Delineo levemente las causas de su debilidad potencial.

Debíamos empezar por comprender que el hombre racional es el heredero de un largo período de relativa seguridad en el cual él acumuló una serie de hechos que se dan por sentados. Esta formación dudosa puede ser parcialmente responsable de su vulnerabilidad. Su esquema de orden es racional solamente en teoría. No es suficiente mencionar una causa natural. Debemos conocerla. Las causas de una crisis económica o social en nuestra época son de una complejidad infinita. Desde la simple ley de causalidad nadie puede derivar ninguna guía para actuar. El sistema de cosas que el hombre medio da por sentado consiste principalmente en reglas generales vagas, experiencias simplificadas, arraigadas como hábitos. Proveen al hombre moderno con una cantidad de

causas sustitutivas. Ellas guían su juicio y acción. Después de un período de pacífica prosperidad, el orden relativo de la vida económica se convierte en el orden absoluto del mundo. El hombre puede aceptar el hecho de que hay, y aparentemente debe haber ciclos económicos, aunque no consigue comprender sus causas. Un poco más de depresión económica y suceden muchas cosas para las cuales no habrá lugar en su mundo ordenado. El ya no sabe lo que puede suceder. Un halo de miedo indefinido abate sus diferentes razones para un miedo definido. Él recurre a los otros, al "universo del discurso". Pero el sacudido esquema de orden no es sólo su sistema individual: es el sistema de presuposiciones que subyacen al propio "universo del discurso".

Algo ha sucedido a este universo. Lo sentimos aunque es difícil decir qué es. Podemos comprenderlo sólo en una crisis aguda, aunque haya tenido lugar hace mucho tiempo, en ningún momento en particular. Parece como si de pronto nadie realmente creyera en lo que todavía se da por sentado. Los capitalistas ya no se sienten seguros de su capitalismo; los socialistas están extrañamente inseguros de su socialismo. Una nota artificial sugiere un esfuerzo convulsivo, las voces están extranguladas. De pronto las grandes y antiguas palabras suenan a hueco. ¿Libertad? El hombre medio en su corazón sabe qué significa. Su concepto consciente sin embargo está vinculado y formulado en términos de estas o aquellas condiciones materiales. Ellas se daban por sentado y ahora están amenazadas. Él no puede reconocer la libertad y todo su significado cae por la borda dejando un vacío. ¿Qué significan la "libertad de expresión" la "persecución de la felicidad" o "democracia" si yo no sé cómo ganarme la vida decentemente por medio de un trabajo decente? El andamio de pensamientos que guía el discurso empieza a tambalear —nos abandona la confianza. Un miedo indefinido invade la mente azorada, disminuye nuestra facultad de orientación y por tanto de acción.

El "universo del discurso" se quiebra, diferentes grietas se entrecruzan. Las causas sustitutivas simplificadas se enfrentan. ¿Qué o quién es el responsable? Ambos contendientes hablan diferentes idiomas. Cada uno para sí, ensordecido a los otros. Ya no hay discurso. No hay respuesta —ni raciocinio, ni intercambio de argumentos. Grupos hostiles agrupados en torno a diferentes "causas" no tienen bases sobre las cuales discutir. Humor, chistes y bromas desaparecen. Ellas presuponen despreocupación; la ansiedad no bromea. En las elecciones estos tratan de explicar causas complejas y musitan sin convicción razones impotentes de conveniencias para ser cautos —los otros tristemente determinados— gritan por un cambio a cualquier precio. Si los líderes democráticos no triunfan en restaurar el marco de referencia y reestructurar el espacio mental, hasta el ciudadano ordinario de decencia media está en peligro de caer víctima del gran simplificador, el demagogo, la calamidad de la sociedad moderna.

Dondequiera que analicemos tal situación ponemos énfasis en la inseguridad económica causada por la desocupación en masa. Cuando todos tienen su empleo, a la larga no hay inseguridad mental. Concedido; sin embargo las sociedades en los diferentes períodos, los diferentes estratos y los diferentes grupos dentro de una sociedad, difieren en su capacidad psicológica para soportar la inseguridad económica. Más aún, "el tener un empleo" juega sólo un papel económico. El "universo del discurso" en la sociedad industrial no es sólo un universo de palabra oral. Es una combinación enorme de actividades interrelacionadas, en un proceso de producción, distribución y consumo. Nuestro trabajo es la parte del modo en que participamos dentro de ese mundo, es una pequeña rueda aquí o allá. Sin trabajo podemos vernos desvinculados de este proceso y podemos sentirnos inseguros aun percibiendo nuestro salario completo de un seguro de desocupación. El hombre moderno sin empleo se encuentra extrañamente solo. Está mal preparado para ese aislamiento. La "diversión" es sólo un escape. El "universo del discurso" se conmueve; el procedimiento democrático está obstaculizado. Las "causas" son difíciles de desentrañar. La voz incierta de los gobiernos ya no llega al ciudadano medio. La inseguridad colectiva sacude la seguridad precaria de un individuo sin apoyo. Esta es la hora psicológica del líder totalitario. Él se apropia del miedo indefinido.

¿Cómo procede? Hay una plaza llena de gente desocupada, oyendo un micrófono. La voz hueca del *Führer* grita en un tono seguro: "Hombres y mujeres alemanes, lo primero es lo primario! ¡Lo segundo es secundario!" El psicólogo social no debe reírse de este importante enunciado. Los truismos tienen su peso en la era racional. Es obvio que el hombre tiene razón. Las cosas primeras vienen primero. El sabe qué viene primero y qué viene después— hace tiempo que todos saben que es. Él tiene un camino, una línea —él actúa.

Él da un simple marco de referencia, simplemente causas; quienquiera que se adhiera a él, estará libre de confusiones. Muchos se adhieren sin otra razón, en un esfuerzo convulsivo de ceguera voluntaria. Las cosas primeras vienen primero —no hay acción eficiente sin obediencia. El ciudadano obedece. El líder elimina el "universo del discurso" que de todas maneras no era sino el vehículo de la inseguridad. El pensamiento es manipulado. Tiene el monopolio de la manipulación. La agrupación voluntaria es cercenada, prohibida, "coordinada". Cada uno tiene su lugar dentro de la maquinaria —un empleo— y se le dice qué debe hacer y pensar. El pensamiento espontáneo todavía juega un rol dentro del grupo de jerarcas hasta que se lo elimina por las purgas. El miedo indefinido se reemplaza por el definido a la Gestapo, —las únicas alternativas son sumisión o muerte.

Es un sistema simple. La transición del sistema democrático al totalitario es fácil cuando el camino es allanado por el miedo indefinido. Es posible que sea difícil el retorno —se necesita algo más que la remoción de éste o aquél gobernante o pandilla. Un esquema común de orden debe ser restaurado para sostener un “universo del discurso” espontáneo, sin el cual ninguna democracia es tal. Solamente las razones definidas de las esperanzas pueden conquistar el poder del miedo indefinido. No se puede esperar que la desesperación produzca una democracia de gente respetable.

(Traducción de NORA R. DE CORTASA; supervisada por MARTA BECHIS)

Pasternak y el calendario de la Revolución *

I

El Doctor Jivago de Boris Pasternak nos impresiona, ante todo, por su arcaísmo tanto en las ideas como en el estilo. Los críticos occidentales, al situar este libro en el reciente movimiento ruso de revulsión contra el stalinismo han encontrado en él la más consumada expresión literaria de este movimiento. *El Doctor Jivago* no es eso sin embargo: los lazos que lo unen a la Rusia de 1950, a los sufrimientos, a las inquietudes, a los exámenes de conciencia de la actual generación soviética son prácticamente inexistentes. Es la parábola de una generación desaparecida. Pasternak, que tendrá dentro de poco tiempo 70 años, y cuya formación se remonta a los años que precedieron inmediatamente a la Revolución de Octubre, hubiera podido escribir este libro en 1921 ó 1922. Todo sucede como si su espíritu se hubiera detenido en esa época, a consecuencia del traumatismo de la Revolución, como si casi todas las experiencias que atravesó su país posteriormente no hubieran dejado en él ningún rastro. Su sensibilidad no ha sido tocada, apenas rozada, por el gran drama sombrío, no exento de esperanza, de los treinta últimos años de la historia de Rusia. En efecto, la historia de *El Doctor Jivago* acaba en 1922. Pasternak la pone artificialmente "al día" mediante dos addenda breves y apresurados (su *Conclusión* y su *Epílogo*). El primero, sobrevuela rápidamente los años 1922-1929; y nos lleva a la muerte de Jivago. Con el segundo saltamos hasta 1950. En estas addenda, que no poseen casi ninguna de las mejores cualidades de la obra, se despliegan todas sus debilidades y sus inconsecuencias, agrandadas hasta el absurdo.

Se puede, por otra parte, encontrar mucho del clima, del color local y de las ideas de *El Doctor Jivago* en los poemas y la prosa de Andrey Belyi, Zinaida Gippius, Evgenii Zamyatin, Marietta Shaginian y otros escritores de los años 1920, considerados en otro tiempo con fines polémicos como "emigrados del interior". Este nombre les fue adjudicado porque, si bien vivían, trabajaban y publicaban sus obras bajo el régimen de los

* *Les Temps Modernes*, año XIV, núm. 155, enero 1959, París; trad. del inglés por Jean Dixsaut.

Soviets, no compartían menos, en cierta medida, las ideas y las actitudes de los verdaderos emigrados antibolcheviques. Algunos, como Gippius y Zamyatin, partieron finalmente al extranjero donde proclamaron sin apremios su oposición a la Revolución. Otros se adaptaron, y después de erigirse en "camaradas de ruta" se convirtieron en los poetas de la corte de Stalin. Como Shaginian quien obtuvo el Premio Stalin. La voz de un verdadero emigrado del interior nos llega con Pasternak, quien no ha evolucionado mucho, ni en su hostilidad con respecto al bolcheviquismo, ni en su profundo arraigo físico y poético a Rusia. En cierto modo llegó a conservar intacta durante cerca de cuarenta años esta fidelidad a sí mismo que lo caracteriza. Su modo de ver, sus emociones y su imaginación han llegado a estar como cerrados a las numerosas y profundas transformaciones que han hecho a su país irreconocible, así como a ciertas tormentas que se han abatido sobre él en el intervalo. Esto atestigua no sólo del vigor orgánico de su carácter sino también de su extraordinaria rigidez y de sus limitaciones en el campo de la sensibilidad. *El Doctor Jivago* es un fenómeno de resurrección. Pero, surgido de entre los muertos, es el lenguaje de los muertos y no el de los vivos, el que habla Pasternak.

II

Siendo *El Doctor Jivago* una novela política *por excelencia* es necesario para juzgarla partir de un análisis de su mensaje político. Este mensaje es colocado por el autor en la boca de su héroe, que es en gran medida una proyección de sí mismo, así como en las de varios otros personajes que hablan abundantemente de sus actitudes hacia la Revolución. Todos insisten en el fracaso de la Revolución, en su incapacidad para resolver ningún problema, en la violencia ejercida contra la persona humana, en las desilusiones que ha hecho nacer. La intriga está concebida como ilustración de esta crítica. Casi todos los personajes se ven reducidos a la miseria, a la desesperación, a la muerte; el amor y el sentido de la humanidad son vencidos y eliminados por "la política de la revolución". En el trasfondo, Rusia, agitada por convulsiones insensatas, sufriendo mil tormentos, sin otro fin que una expiación mística del pecado. El Cristianismo es la esperanza y el refugio, un cristianismo que no necesita ser claramente definido, pero que se reconoce en su visión humanitaria del mundo, su humildad, su aceptación de la condición humana. De este cristianismo casi fatalista surgen al fin de cuentas los vagos vislumbres de reconciliación aún con la revolución, y esta sorprendente nota de optimismo con la que finaliza la novela. Quizá, parece indicar el autor, la gran expiación ha terminado; es el fin del diluvio: los raros sobrevivientes ya sienten como un "presagio de libertad en el aire" y prestan oídos a